

RESEÑA

Roopika Risam, *New Digital Worlds. Postcolonial Digital Humanities in Theory, Praxis, and Pedagogy*, Northwestern University Press, Illinois, 2019, 176 pp. ISBN: 9780810138858.

ANTONIO ROJAS CASTRO (Berlin-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften -
Universidad Internacional de la Rioja)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.433>>

El libro publicado en 2019 por Roopika Risam (Salem State University), *New Digital Worlds. Postcolonial Digital Humanities in Theory, Praxis, and Pedagogy*, es un sugerente ejercicio de crítica cultural aplicado a las Humanidades Digitales. Situado a medio camino entre la investigación académica y el activismo político, *New Digital Worlds* entronca con trabajos previos como *The Digital Humanist. A Critical Inquiry* (2015) de Domenico Fiormonte, Teresa Numerico y Francesca Tomasi, y defiende la necesidad de crear “nuevos mundos” que resistan la inscripción del colonialismo en el registro cultural digital.

Como corresponde a cualquier monografía académica, en la introducción se plantean las ideas principales que se desarrollan en los cinco capítulos. La autora empieza definiendo la expresión «humanidades digitales postcoloniales», una aproximación que pretende desenmascarar e intervenir en las disrupciones del registro cultural digital producidas por el colonialismo y el neocolonialismo (p. 3) y promover la producción de múltiples epistemologías desde el Sur Global (p. 9). A continuación, proporciona más detalles acerca de los dos componentes de la expresión (“postcolonialismo” y “humanidades digitales”). Si bien es cierto que se limita a mencionar a las figuras más importantes del postcolonialismo como Edward Said, Gayatri Spivak o Homi Bhabha, la definición de las humanidades digitales es más convincente porque pone en el centro la reflexión humanística sobre los medios de comunicación y la informática (p. 10).

En el primer capítulo, tras discutir los orígenes y la historia de los estudios postcoloniales y de las humanidades digitales de manera esquemática, Risam afirma que las humanidades digitales postcoloniales pueden «tender puentes entre el pasado colonial y el presente imperial examinando cómo lo digital media entre ambos y desarrollando prácticas que garantizan que las voces [silenciadas del pasado] forman parte del registro cultural digital» (p. 29). Este primer capítulo también revela que el título del libro hace referencia a la obra de Nelson Goodman, entre otros. Como el arte y el lenguaje, la autora defiende que el código y la programación tienen un poder creativo (p. 33); por esta razón, los humanistas digitales pueden reproducir en formato digital los discursos dominantes o, por el contrario, transformar el registro cultural digital.

El capítulo termina identificando las cinco intervenciones principales de las humanidades digitales postcoloniales: la crítica de internet como un espacio democrático e igualitario (p. 36), la ampliación de la representación digital mediante voces y puntos de vista alternativos (p. 38), el desarrollo de herramientas y prácticas desde un punto de vista local y situado (p. 40), el examen de las condiciones laborales (p. 44) y el rol que juega el inglés como *lingua franca* en la producción y diseminación del conocimiento (p. 45).

El segundo capítulo se centra en la violencia colonial del archivo digital postcolonial. Se trata, en cierta medida, de un capítulo menos teórico en el que se argumenta que los archivos digitales no promueven siempre valores democráticos, sino que a menudo replican las dinámicas coloniales del pasado. La razón principal es que el contenido digitalizado depende del patrimonio preservado. En consecuencia, los archivos digitales están incompletos porque solo contienen los documentos que testimonian el punto de vista del colonizador (p. 48). De hecho, los colonizadores solían destruir pruebas inculminatorias tras la independencia de las colonias; en otras ocasiones, los documentos pueden ocultarse o clasificarse como secretos (p. 49).

Ante este problema, la solución propuesta es doble: por un lado, crear archivos digitales alternativos con materiales que no han sido incorporados a las colecciones analógicas aún; por el otro, desarrollar prácticas que privilegian el acto de compartir mediante herramientas digitales. Por ejemplo, se pueden utilizar sistemas de gestores de contenidos que facilitan el desarrollo de sitios webs con el objetivo de incluir como colaboradores a estudiantes sin necesidad de recurrir a informáticos profesionales (p. 57).

El tercer capítulo es un análisis crítico de la geopolítica de las humanidades digitales. La autora centra ahora su crítica en tres objetivos principales: en primer lugar, la composición del gobierno de la Association of Digital Humanities Organizations (ADHO); Risam defiende que la sobrerrepresentación de investigadores de Canadá, Estados Unidos y Europa da por hecho que las prácticas del Norte Global son “universales” y reproduce dinámicas neocolonizadoras; en consecuencia, se deslegitiman las epistemologías del Sur Global (p. 66). En segundo lugar, la autora analiza un controvertido *mappa mundi* difundido por Melissa Terras en 2012 con el que pretendía visualizar la localización de centros de humanidades digitales asociados con CenterNet. Este mapa, según Risam, posiciona a los Estados Unidos de América en el centro y relega al resto de países a la periferia. Pero la crítica va más allá, porque considera que la existencia de centros no es una medida válida; aunque los centros son importantes porque proporcionan la infraestructura necesaria para mantener proyectos a largo plazo, el mapa borra los programas educativos emergentes de humanidades digitales y las iniciativas individuales que no cuentan con respaldo institucional (p. 73). Por último, la autora denuncia que la hegemonía estadounidense también se refleja en la bibliografía empleada en los cursos de humanidades digitales y en las publicaciones citadas en los artículos de revista (p. 74).

¿Qué se propone como alternativa? La creación de otras representaciones que pongan en entredicho la jerarquía centro-periferias basándose en la lógica de la diáspora, entendida como una comunidad virtual caracterizada por prácticas y epistemologías dispersas, interconectadas y en movimiento (pp. 74-75). Como ejemplos paradigmáticos, se analiza el proyecto Around DH in 80 Days (p. 77) y se mencionan el grupo de trabajo Global Outlook: Digital Humanities y la campaña de *whisper translation* llevada a cabo en la conferencia Alliance of Digital Humanities Organizations celebrada en 2014 en Lausanne (p. 85).

En el cuarto capítulo Risam tiene por objeto de reflexión la pedagogía digital postcolonial. Pese a que los estudiantes están acostumbrados a consumir contenido digital, la autora está en desacuerdo con el concepto de “nativo digital” y afirma que es un mito (pp. 89-91). Por esta razón, los proyectos digitales pueden ser útiles para que los estudiantes se conviertan en «productores críticos» (p. 89) y adquieran una serie de competencias digitales. En contra de lo esperable, la autora no aboga por la enseñanza de la programación y la codificación sino por la creatividad, la innovación, el pensamiento crítico, la resolución de problemas, la comunicación y el traba-

jo en equipo (p. 92). De esta manera, los estudiantes dejarían de percibirse como simples consumidores de tecnología (p. 93).

La pedagogía digital postcolonial también interviene en las relaciones de poder que se establecen en la clase. Siguiendo el pensamiento de Paulo Freire expuesto en *Pedagogía del oprimido*, se propone situar al estudiante en el centro de clase y reducir al profesor a un rol secundario, que se limita a facilitar interacciones y a guiar las conversaciones del alumnado (p. 96). Esto se puede llevar a cabo de dos modos: por un lado, mediante ejercicios breves individuales consistentes en el análisis digital de textos, la construcción de redes sociales y cronogramas, el mapeado de datos, la edición de entradas de Wikipedia o la redacción de textos multimodales (p. 98). Por el otro, también se pueden diseñar e implementar proyectos más grandes en los que participan varios estudiantes durante un período de tiempo más largo, por ejemplo, todo un semestre (p. 108).

En el quinto capítulo se estudia la confrontación entre las humanidades y las ciencias recurriendo a C.P. Snow y se discute la retórica de la crisis de las humanidades en Estados Unidos. Entre otras ideas sugerentes, la autora afirma que las humanidades digitales pueden interpretarse como la realización de una “tercera cultura”. Ahora bien, denuncia la sumisión de las humanidades a las ciencias cuando se orientan al mercado de trabajo y se vuelven instrumentales para recibir financiación (p. 120). A continuación, sitúa la interpretación de los datos como una tarea central (p. 121) y recuerda la condición situada, local y particular del conocimiento (p. 122). De hecho, esta es quizá la idea más original del capítulo: cuando consideramos la inteligencia artificial y el procesamiento del lenguaje natural como tecnologías universales y neutras, en realidad, corremos el peligro de reproducir una subjetividad heredera de la Ilustración que coincide con la del hombre blanco europeo (p. 124).

New Digital Worlds presenta una mirada novedosa a debates importantes, pero alejada de la exaltación de los datos y los algoritmos tan en boga en las humanidades digitales durante los últimos cinco años. Los capítulos segundo, tercero y cuarto forman el núcleo de la contribución y son, sin duda, los más valiosos y los que están escritos con mayor claridad. La crítica a la geopolítica de las humanidades digitales es muy completa y dialoga de manera inteligente con trabajos previos. Las reflexiones en torno a la innovación y al *minimal computing* son verdaderamente originales, y la defensa de lo local por encima de lo universal está correctamente

documentada y argumentada: todas las prácticas digitales son siempre locales y, por tanto, no pueden evaluarse con un rasero universal.

En cambio, el capítulo quinto y las conclusiones son mucho más breves e irregulares, y creo que las páginas dedicadas a los sesgos de la inteligencia artificial se hubieran visto fortalecidas mediante pruebas y la citación de trabajos previos. Asimismo, la contextualización y evaluación de las particularidades de muchos de los proyectos que llevan a la práctica la teoría postcolonial hubiera facilitado la lectura del libro, anclando los pensamientos en ejemplos concretos y haciendo el texto mucho menos abstracto y repetitivo. A lo largo del texto se mencionan proyectos como Puerto Rico Mapathon, Chicana por mi raza, Trans-Atlantic Slave Trade Database, Early Caribbean Digital Archive o Bichitra Online Tagore Variorum, pero por desgracia no se analizan en profundidad. Por último, los términos «Norte Global» y «Sur Global» o las diferencias entre «humanidades digitales postcoloniales» y otras expresiones semejantes como *postcolonial computing* o *decolonial computing* apenas se discuten y se dan por entendidas. En resumen, la autora centra todas sus fuerzas en criticar el marco epistemológico, descuida a menudo el estudio de los recursos digitales que llevan a la práctica la teoría y escatima al lector muchos matices cuando intenta explicar los términos técnicos que emplea.

Pese a todo, los méritos de *New Digital Worlds* son mayores que los defectos, especialmente porque el punto de vista adoptado es poco frecuente en un campo de investigación dominado por el instrumentalismo y la búsqueda de la objetividad. No es arriesgado vaticinar, pues, que con el paso del tiempo se convertirá en una lectura obligatoria para todos los investigadores interesados en la crítica cultural aplicada a las humanidades digitales. Para los investigadores que solo ven en las humanidades digitales una caja de herramientas, es un excelente recordatorio de que no todo gira en torno a los métodos y el procesamiento de datos, sino que es posible —o, mejor dicho, urgente— plantearse preguntas de investigación sobre la tecnología digital con una dimensión política y social.